

ESCRIBIR BIEN NO SIGNIFICA SER IMPUNE

POR DIRTY ORTIZ. ILUSTRACIÓN DE ALEJANDRO BARBERO. Harto indignado, nuestro asesor de conceptos y contenidos peló este texto directamente sobre la pestaña Notas de su Facebook. Y nuestro director sintió necesario que trascendiera de ese soporte virtual –global pero con tanto potencial de evanescencia– y adquiriera modesta materialidad aquí.

A mediados del siglo pasado, la utopía sarmientina parecía más cercana que nunca. A la aristocracia y la clase media, que ya habían adquirido hábitos de lectura, se sumaban los trabajadores, a través de bibliotecas populares y sindicales que les permitían asomarse a la literatura. El Cordobazo y las luchas de Sitram-Sitram, precisamente, mostraron a una clase obrera con un alto nivel de instrucción y conciencia política.

Han pasado 40 años desde aquello y el panorama es, por lo menos, desalentador. A la clase obrera le cambiaron el pasaje: en vez de ir al paraíso la mandaron al infierno. A la clase media no le fue mejor: los malabarismos que hace para sobrevivir la obligaron a trocar literatura por clavos. La aristocracia afrancesada de antaño desapareció cuando modificó su norte (que ahora queda en Miami) y los únicos libros que hoy le despiertan interés son los de contabilidad, sobre todo para evadir impuestos.

Por eso, una persona que lee es ahora objeto de curiosidad y admiración. Y si, además, escribe bien, bueno... despierta una especie de adoración por el solo hecho de practicar con corrección la lectoescritura. Esta aberración genera una consecuencia cada vez más generalizada: ante la aclamación de los adulones, el que escribe bien se cree impune y ya no se contenta con perfeccionar su arte; además, se siente con derecho a pontificar, a moralizar y, sobre todo, a menospreciar. Así, ha nacido una camada de dioses olímpicos montada sobre la ignorancia de sus fans, para la que el prójimo se divide entre quienes la aplauden y quienes la envidian.

Sin una gran obra que los respalde, estos candidatos a Zeus se autodenominan "escritores", más por defecto ajeno que por exceso propio. Y desde el púlpito que se han construido, juzgan y cortan cabezas con el filo de su pluma.

Gracias a mi trabajo, tuve la fortuna de conocer a un escritor de verdad.

Don Juan Filloy, que si hubiese privilegiado su profesión de literato hubiera sido candidato natural al Premio Nobel, decidió respetar su condición de juez y publicar sus libros a escondidas y en cantidades limitadas. No estaría para nada mal escaparse alguna vez de la paja autorreferencial que envuelve a quien escribe, para espiar ejemplos como ése. 

